



Luis Malaver
foto: Jhonnatan Benítez
fuente: elsoldemargarita.com.ve

Selección de cuentos de Luis Malaver¹

Selection of stories by Luis Malaver

1. Escritor, poeta, escultor y promotor cultural en la Isla de Margarita. Licenciado en Letras y profesor jubilado de la Universidad de Oriente, Núcleo Nueva Esparta. Fue miembro fundador del Consejo Editorial de la Revista de Arte y Literatura Tropel de Luces y de la Asociación de Escritores del estado Nueva Esparta. Articulista de prensa escrita y digital y coproductor de Por medio de la presente (Teatro) con el Pequeño Teatro Andante de la Universidad de Oriente, Núcleo de Nueva Esparta. Ha recibido diversos premios: con la obra *¡Ay! Estela quien contara*, Premio Nacional de Literatura, mención narrativa “Orlando Araujo”, Alcaldía de Barinas (1995); *No hay mar que por bien no venga*, Premio Regional de Poesía “Ciudad de Juan Griego” (1998); *Pasapalos*, Premio Regional de Narrativa “Ciudad de la Asunción” (1998); *Panamargo*, Premio Nacional de Dramaturgia “Miguel Ángel Insaústi”, Alcaldía de Barinas (1999); *La bancarrota*, mención honorífica Concurso de Dramaturgia de la Universidad de Oriente (2004); *La mirada secreta del barro*, “Certamen Mayor de las Artes y de las Letras en Poesía del Ministerio de la Cultura (2005); y en 2012 el Premio de la Segunda Bienal de Literatura José Vicente Abreu con *Malaverismos (permiso sanitario en trámite)*, evento en el que repetiría dos años más tarde con la novela *Días de abril*, que se mantiene inédita. *Déjaselo a los astros*, incluido en la *Antología de dramaturgos de Nueva Esparta* (El Perro y la Rana, 2009) y de *Edmundo Aray*, de la colección Cuadernos Cineastas Venezolanos de la Cinemateca Nacional de Venezuela, En 2018 obtuvo una beca del Centro Nacional del Libro de Venezuela con su novela *Vida de E.P.* Con la obra *El sótano de las hostias*, fue el ganador del XL Premio de Novela Corta Gabriel Sijé (2020) en Murcia, Fundación Mediterráneo, entre mas de 700 obras participantes.

¡Salud!

Levanto la copa de brandy de jerez con mano lenta, pero no tengo miedo, brindo sereno. Doy vuelta al trozo de chocolate negro en mi boca. Miro su rostro agrandado a través del cristal y la caoba oscura del licor. Me llega el aroma redondo, luminoso de ella y del líquido. Recuerdo el cuento zen del perseguido por un tigre que se sostiene de una liana y se lanza al precipicio, abajo otro tigre lo espera, dos ratas roen la liana: el condenado toma una fresa, la más sabrosa de su vida. No hay tiempo para antecedentes ni explicaciones. Agradezco la prórroga de décadas hasta esta tarde, los banquetes compartidos, las botellas escanciadas con buen sexo en noches interminables. Me concentro en la última libación, en la sensación de que toda la vida cabe en un instante, más aun si se fue feliz. ¡Salud!

Ella está muy cerca como para errar el disparo.



Imagen tomada de: Freepik

Noche rota

Ella lo miró alejarse desde el balcón. Un bulto móvil envuelto en un cristal de agua difusa por sus ojos y la escasa luz de la calle. No tuvo valor para acompañarlo hasta la parada de los autobuses. Cruzó la esquina con la maleta. Noche desierta. Tanteó el boleto aéreo en el bolsillo de la chaqueta. Tuvo miedo de la apuesta. Decidió regresar, borrar el trayecto iniciado y esperar. Apareció un autobús a lo lejos, pero nítido en la oscuridad. Las luces del vehículo le iluminaron los ojos, pero ella ya se había retirado del balcón, ya caminaba hacia la puerta y se arrojaba bocabajo en la cama.

Bocabajo en la cama. Él contemplaba ese cuerpo moreno que brillaba sobre las sábanas blancas, las cumbres gemelas de sus nalgas, el pelo negro sobre los hombros hasta media espalda, los movimientos alternativos de levantar hasta la rodilla una pierna primero, luego la otra y comunicar ese movimiento a toda ella. Pero no solo era el cuerpo, oía la risa, el golpe infantil de cada pierna sobre la cama, recordaba cómo un recorrido sinuoso fue estrechando las posibilidades hasta estar allí en una habitación de hotel, seguros, felices y despreocupados. Se dirigió a la ventana, corrió un palmo la cortina y miró la ciudad aquietándose a pesar de que aún no era medianoche. Quiso encender un cigarrillo, pero se contuvo, las indicaciones pegadas tras la puerta eran rotundas por lo grande de las letras y por los signos de exclamación que acompañaban la mayoría de las reglas. Además, el Wilfredo Benítez que mostró su cédula – a ella no se la pidieron – lo menos que quería era llamar la atención: faltaba poco, intuía.

– Alberto, deja de mirar tanto por esa venta, ven – dijo colocándose de lado.

Regresó y la miró a la mínima distancia antes del desenfoque: los labios carnosos, la nariz recordando que todos vinimos de África, pero en algunos es más claro, los senos exactos, el abdomen plano y la deforestación total abajo que dejaba el surco como un río en verano, pero ni tan seco. Estaba exhausto, pero no podía negarle las caricias después de dos meses sin verse, después de recorrer cada uno cientos de kilómetros. El último contacto desde un *callcenter*, para precisar este lugar, este día, este hotel.

A las diez de la mañana ella estaba en el lobby esperándolo. Quince minutos antes había traspuesto la entrada, identificado un lugar en medio del

bullicio de turistas que llegaban que le permitiera una vista de la entrada y de la recepción. Nadie advirtió su presencia entre tantas camisas con palmeras y pantalones a media pierna y sombreros, lentes de sol, olor a humedad, licor y cigarrillos.

Lo vio entrar con decisión, y colocarse en la cola de recepción. Parecía uno más: los pantalones, la camisa, los lentes de sol y el sombrero, pero quien se acercase lo suficiente podía darse cuenta que el sudor del preocupado tiene sus propios taninos que no ocultan las lociones ni los perfumes, quizás hasta su propia temperatura.

Lo tocó en el hombro izquierdo y se movió hacia el derecho. No fallaba y no falló el juego infantil. Lo abrazó y le dijo al oído: “Llegas tarde”. “Inconvenientes” – respondió él y buscó sus labios y los encontró.

Era propicio hablar como lo hacían todos y le preguntó por el viaje. Él respondió con detalles hasta que el mostrador ante él quedó libre. Sacó su documento de identidad, el empleado buscó su nombre entre las reservaciones y luego de cobrar le adjudicó la tarjeta magnética junto con un pequeño folleto para turistas que incluía información detallada sobre los servicios del hotel.

Dos hombres salieron del callejón y dispararon. Eran dos ahora quienes tenían los corazones destrozados, pero uno de ellos cicatrizaría, por suerte.



Imagen tomada de: Freepik

Una visita agradable

Eligió con cuidado la corbata, un verde más oscuro que el traje. La ajustó con rapidez y eficiencia como si los movimientos tartamudos de todos sus miembros no hubiesen colonizado esta costumbre. Esparció de nuevo colonia y olfateó tratando de encontrarla, la dádiva le pareció suficiente. Volvió a mirarse en el espejo. Estaba listo por segunda vez en la semana para el enfrentamiento.

No era miedo, era un terror que comenzaba cuando terminaba por decidirse a caminar los trescientos metros que separaban su apartamento del consultorio. Un poco más del doble de pasos. Medidos con estoica paciencia, descontando como para ir desgastando el miedo recargado que ocultaba el traje, el lustre de los zapatos, la perfección del planchado y los pasos, salvo contingencias, de la misma medida.

Era un ruido que había entrado la primera vez en sus percepciones y se había enquistado: hasta recordarlo lo erizaba, lo enviaba a sus miedos de la infancia repotenciados por el ridículo de sentirlos cuando ya esa etapa estaba poblada de borrones, tachaduras y recuerdos imprevistos como asaltantes de calle. Era un ruido acompañado de unos olores a quemado, al olor de algunas cosas extremadamente limpias que son indisociables del dolor. Quien haya trabajado en un hospital o una clínica lo sabe. Olores que anticipan lágrimas, olores cortantes de tan esterilizados. Luego el sabor en boca de ceniza de cerámica impregnando las papilas y la espera obligada para poder desalojarlo.

Cierto que ese maridaje del olor y el sabor, ambos ya parapléjicos, despidiéndose de su vida, lo dejaban solo ante el ruido, los ruidos: el guardado y la actualización que por segunda vez en esta semana acudirían.

Ya sonaba más intenso dentro de él cada vez que los pasos los acercaban. Por eso buscó siempre odontólogas y no odontólogos; pero algunas veces, el destino cambió los sexos y le tocaba hombre cuando todas sus previsiones se desbarataban ante una menstruación o un problema de embarazo. Con ellas no tenía que aparentar ser un hombre macho, sin miedos, que disimula, aunque el taladro se haya desviado de la pieza y rompa encía o maltrate un nervio semidormido. Un macho que pone cara de alfa, de despreocupación, de rutina para el odontólogo y para sí mismo. Pero las veces que se enfrentó a uno de ellos descubría lo arrecho que eran los camaleones y los pulpos porque él no podía ocultar esa palidez que seguro lo teñía hasta por

debajo de las medias, esa ausencia de calor, ese sudor ártico, esa sensación de que su miembro era también un pulpo, pero de los chiquiticos, incapaz de entrar en ninguna cueva. Entonces tenía que soportar el gesto, la mirada y las palabras de compasión burlona que sería luego anécdota en el gremio, chiste de familia, ejemplo de cómo el miedo nos cambia tanto.

Con ellas estas mismas reacciones corporales servían para explotarles su lado maternal, la certeza de que estaban ante un ser sensible, que no ocultaba sus miedos, que se sobreponía a la cultura machista, un ser andrógino que a tantas intelectuales y profesionales les atrae tanto como otra mujer emancipada como ellas.

Algunas dudarían de su hombría cuando pedía, suplicaba, la cremita anestésica antes de la inyección anestésica con palabras presurosas. Cuando conseguía una que entendiera su terror en la primera consulta, donde solo hay revisión, pero en la misma silla de los sacrificios, con los mismos olores y el taladro colgado por allí y esa postura acostada con la boca abierta, decidía que, salvo que se mudara o le sobreviniera la muerte a alguno de los dos, seguiría nada más yendo a ella. Pero ellas, las odontólogas, era también un grupo que crecía desplazando a los hombres. Podía seleccionar. Entonces, en algunas ocasiones a lo largo de su vida adulta apostaba por encontrar en una mujer joven esa disposición maternal que lo rodeara de un plus de mimos y consideración, de comprensión y delicadeza con el regalo de la belleza, la turgencia de los senos que con el pasar del tiempo fueron cada vez más rozándolo, a veces chocando con alguna parte de él creyéndolo inofensivo. Y lo era. También estaban los escotes y los perfumes que el pasar de los años fueron esquivos a su olfato.

No siempre ganaba la apuesta y debía regresar a, recuerda, Francis, una mulata gorda de sesenta años expandida hasta el límite en su bata con un olor agrío y unas tetas inmensas que descansaban sobre su pecho como dos bloques que le impedían moverse. Pero atendía sus ruegos, lo consentía como a un niño y sus manos en el ejercicio de la profesión nada tenían que ver con esa dureza de tubérculo hinchado; eran por el contrario precisas, amables, veteranas en el uso de todo eso que entraba en su boca. Cuando lo olvidaba, aunque era increíble que ocurriera, ella le obsequiaba unos tapones para ahuyentar los aullidos del taladro.

Pero murió Francis y su terror a las caries, a los tratamientos de conductos, a perder una pieza dental que ameritará una prótesis, o peor, ese trabajo de albañilería o herrería, o cualquier otra cosa ruda, mecánica, que consiste en taladrar y sembrar un perno metálico donde luego se fijará el diente impostor, lo empujaba a seguir buscando con prontitud una sustituta.

Y la encontró. Marcela era un encanto. Recién graduada, bella, con una sonrisa generosa, calmante, orgullosa de sus senos como para mostrar con donaire hasta la zona justa donde termina lo sugerente, frontera levemente marcada por el bronceado. El resto para imaginación de ellos y también ellas. A su consulta asistía por segunda vez en la semana porque en la primera manipuló lo suficiente para convencerla de que solo atendiera una caries, que “le dolía el miedo”, le había dicho. Ella rio divertida y consintió, aunque tenía la certeza de que no le daría un infarto o un ataque de pánico, ni nada parecido, pero mejor no “violentar” a la tercera edad con el argumento que era mejor “sufrir” una vez que dos.

Se había acercado tanto, tanto, esa vez, que si la pituitaria recuerda o cree que recuerda, ahí estaban los residuos del bronceador del día anterior, en esa zona entre los senos. Era imposible que percibiera ese olor, pero estaba seguro. Luego olió con detalle en las zonas de contacto de su traje y creyó, en el intermitente sosiego de su habitación cuando regresó, que era más cierto que antes.

Le molestó terriblemente imaginarse que ese roce de Marcela con él fuese lo cotidiano, que cualquiera que ocupara esa silla y abriera lo boca recibiera una atención profesional y una plusvalía de contactos más allá de los usuales. Se los imaginó jóvenes, correspondiendo desde el pantalón con un entusiasmo no siempre tan discreto que le he estaba vedado a él.

– Adelante, la doctora lo está esperando – dijo la secretaria.

Más nadie a esa hora y Marcela lo recibió con un beso en la mejilla y estaba más bella que siempre.

– Bien, abuelo, quedamos en el segundo premolar del lado derecho de abajo, ¿no?

“Sí”. Contestó de prisa no porque recordara con tanta precisión la ubicación, sino porque advertía en la pregunta la afirmación precedente.

Ella sonrió. Acercó la luz, la escupidera, su asiento, revisó la fresa del taladro.

– Ya sabes.

– Sí, ya sé – colocó la anestesia en crema y con la inyectora ya lista esperó mientras lo miraba con cierta ternura –, esperamos un poco.

Él con los ojos cerrados y la boca abierta parecía esperar una sentencia de muerte presagiada en su cuerpo frío y en una palidez ambiciosa que lo tatuaba por completo.

– Voy.

Apenas movió la cabeza afirmando y esperó con terror el indoloro pinchazo.

Sintió sus manos y anticipó lo peor acostumbrado: que el corazón se detuviese sin desaceleraciones.

– Abuelo, tengo tapones para los oídos. ¿Se los pongo?

Se sintió descubierto, por eso soltó sin pensar.

– No los necesito.

– Bien, le damos – dijo divertida.

Y sí que los necesitaba. Cuando escuchó el ruido del taladro dentro de él, pero no nada más en la boca sino en todo lo cóncavo de su cuerpo físico, mental astral y todos los demás, pero sobre todo en el abismo sin fondo de su terror, deseó solo imaginarlo. Pero ya era tarde para claudicaciones. Prefería morir en batalla. ¿Cuál batalla? En esta masacre que anhela el mártir.

Cuando comenzó a sentir los estremesiones de la incorporación de la pasta, después de haber escupido el agua babosa con caries y premolar en polvo o ceniza, se sintió a salvo una vez más.

– Listo, abuelo – dijo ella mientras le apretaba una mano –. Descanse un poco.

Él cerró los ojos y comenzó a regresar al día en que había decidido, otra vez, bajar a los infiernos.

Se aseó las comisuras, Marcela le acercó un espejo.

– Ahora está más guapo.

– Qué bueno que no sepas mentir.

Se levantó, ella lo abrazó.

– La bendición, abuelo.

– Dios te bendiga.

Abandonó despacio el consultorio. La secretaria le sonrió y el correspondió tímidamente.

Ya fuera del edificio, se acercó a la mancha que conquistaba un trozo de pared. El desagüe defectuoso de un aparato de aire ya tenía abombada la pintura en unos sitios: en otros, trozos podridos del friso se habían caído, otros pedazos colgaban del limo. Sintió la herida del olor cuando se acercó más aún como si se mirase en un espejo.